

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR

Día 16 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Juan, llamado Nepomuceno por su patria, que fue Nepomuck, aldea de Bohemia, en 1330, según se deja inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron más ilustres por la solidez de su piedad que por la antigüedad de su ascendencia. Habían llegado á una edad avanzada sin el consuelo de tener sucesión: dirigían al Cielo sus votos derramando copiosas lágrimas delante de la imagen de la Madre de Dios que se veneraba en Verdemonte, monasterio de cistercienses, más por ejercicio de su piedad que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con el nacimiento de Juan, sino que, habiendo éste enfermado tan peligrosamente que se desesperaba de su vida, sanó repentinamente luego, que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa imagen. Su genio vivo, su rara memoria y su entendimiento agudo y perspicaz no desmentían un punto los anuncios felices de su hermoso semblante. Para no malograrlos, cuidaron sus padres de proporcionarles los estudios de latinidad y elocuencia, y para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, en donde estas letras estaban á la sazón florecientes. Como su ingenio era de aquellos que se hacen superiores á las ciencias, é incansable su aplicación, en poco tiempo estudió la latinidad y letras humanas. Siendo ya latino, humanista y orador, y conociendo que no le bastaba tener conocimientos que diesen hermosura á sus labios, si

no rectificaban las disposiciones de su corazón, determinó, con él consentimiento de sus padres, conducirse á Praga, en donde el emperador Carlos IV había establecido una floreciente Universidad, llevando con grandes premios los maestros más sobresalientes en todas las facultades, que tenían en aquel tiempo París, Padua y Bolonia. En esta floreciente escuela estudió la filosofía y las sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde que había comenzado á instruirse en las letras humanas había conocido el Santo que la grande propensión que sentía en su alma al estudio de la elocuencia denotaba cierta vocación al sacerdocio y á procurar la salvación de las almas. Conoció de la constancia en sus propósitos, y mucho más por aquella interior ilustración con que Dios se insinúa en los corazones de sus siervos, que este Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así, concluidos sus ejercicios, recibió los órdenes sagrados y comenzó á ejercitar las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicación, y en breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecían á un mismo tiempo la copia y sublimidad de doctrina y el santo ejemplo de sus obras con que la confirmaba. En esta justa persuasión no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basílica de Nuestra Señora de Trein en Praga la antigua, que era el sitio más principal y noble de aquel pueblo, y en donde sólo se permitían predicar oradores muy consumados. Era empresa ardua suceder en el lugar á hombres tan sabios como le habían precedido, sin el justo temor de incurrir en el desagrado de los oyentes, acostumbrados á los oradores más sublimes que había tenido Bohemia. Sin embargo de esto, el nuevo predicador llenó de tal manera la expectación de todos,

que hizo olvidar el mérito de sus predecesores, y aun les aventajó en la prudencia y modestia de sus discursos, no menos que en el respeto con que miraba al auditorio, y al sagrado puesto desde donde anunciaba la palabra de vida y de verdad. Entre tanto, la doctrina, virtud y el continuo trabajo de este digno sacerdote iban creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito y clamaban por su exaltación. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa iglesia, por cuya solicitud, no solamente fue hecho nuestro Santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la iglesia de San Vito. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones era la penitencia y arrepentimiento de los pecados; la relajación, soberbia y los gastos superfluos de los nobles; la fealdad y consecuencias perniciosas de la borrachera, vicio entonces muy ordinario; el lujo y la profanidad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbas é interminables que han de tener por castigo. Oía todas estas cosas el emperador Wenceslao con sumo gusto, y encantábale la sabiduría de Nepomuceno, su gracia y energía en el decir, y la solidez y acrimonia con que declamaba contra los vicios; y como todavía éstos no habían llegado á corromper su corazón, lograba la palabra de Dios en él un completo fruto, lo cual manifestaba en sus obras.

Llegó esto á tanto, que, formando el Rey de Juan el concepto más ventajoso, le nombró para uno de los mejores obispados, bien persuadido á que tantas virtudes y letras como en Nepomuceno resplandecían, calificaban de acertada su elección y darían un digno sucesor á los Apóstoles. Pero el Santo, que conocía muy bien las peligrosas obligaciones de dignidad tan sublime, y que pensaba de sí mismo con tanta humildad y bajeza, significó al César su ineptitud y le pidió encarecidamente

le dejase exonerado de tan pesada carga, para dedicarse con mayor libertad y celo á la conversión de las almas, que era lo único en que podían emplearse con alguna utilidad sus débiles fuerzas. De la misma manera renunció la prepositura de una iglesia exenta, que era en aquel tiempo de las primeras dignidades, ya por las honrosas comisiones y ejercicios que la eran anejos, y ya por la cuantiosísima renta de que gozaba. Insistió de nuevo en condecorarle con la dignidad de real limosnero, dignidad que, al tiempo que premiaba en parte sus sobresalientes virtudes, le conservaba dentro de palacio, y además de esto le proporcionaba un ejercicio correspondiente á su gran caridad. De común consentimiento el Rey y la Reina, le ofrecieron este oficio; y el Santo, considerando que muchas veces se explica la soberbia por el desprecio porfiado de todas las dignidades, determinó inclinar el cuello á una carga que le destinaba la Divina Providencia, y complacer al Emperador en un empleo menos peligroso para su alma. Ejercitóle de tal modo, que todos los áulicos estaban admirados de la destreza é integridad con que se conducía en palacio; los pobres daban gracias al Cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y todos admiraban en su conducta y ejercicios los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada. Estas virtudes aumentaban de día en día su santidad; ésta, su celebridad y su fama; y de todo nacía una autoridad que mandaba sobre la conciencia de todos, deseando conducirse por su sabiduría y sus consejos. Pero en donde hicieron más operación estas recomendables virtudes, fue en el corazón de la reina Juana, hija de Alberto, duque de Baviera y conde de Holanda. Era esta matrona amable por todas sus circunstancias; de un inocente candor en su genio, de una piedad recomendable en sus costumbres, y de un conjunto de virtudes cual convenía á un real pecho. Movida de la sublimidad de sus sermones, de la

seguridad y solidez de sus máximas y de la fuerza victoriosa con que persuadía la virtud, determinó tomarle por su confesor, para que dirigiese su conciencia y fuese maestro de su vida. Este hecho movió á algunos conventos de vírgenes á solicitar su dirección, seguras del aprovechamiento que les resultaría si llegaban á conseguir tan acertada enseñanza. Los precisos cargos del empleo de limosnero no permitieron este consuelo sino á las religiosas de San Jorge, que, con la dirección del Santo, llegaron en breve al más sublime grado de la perfección religiosa.

Entre tanto, el rey Wenceslao, que era de un genio cruel, deshonesto y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con fierezas y deshonestidades. La piadosa reina miraba con sumo dolor los excesos de su esposo; y la piedad y ternura de su corazón se conmovían más violentamente á vista de las crueldades diarias que cometía. No podía ver sin horrorizarse que su marido, imitando á los príncipes más crueles, llegase hasta el extremo de ensangrentar la mesa y las viandas que comía con la muerte de los grandes, que allí mismo mandaba degollar. Gemía la inocente reina en el secreto de su corazón, y redoblaba sus suspiros al ver que su honesta conducta era mirada del rey con ojos infieles y celosos. No hallaba consolación sino en la soledad y el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazón de su esposo.

Estas piadosas ocupaciones de la reina, sus mortificaciones y abstracción, que bastarían por sí solas á ablandar el corazón más rebelde, y á excitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produjeron en Wenceslao efectos enteramente contrarios. No podía sufrir la presencia de su esposa; aborrecía con todo su corazón la inocencia de sus costumbres, cuando éstas se presentaban á sus ojos; pero, cuando la veía retirada y

apartada algún tanto de su presencia y comercio, sentía su corazón encendido de vivas llamas de amor, que, aunque profano, tenía la actividad suficiente para producir en él la loca pasión de unos celos furiosos. Produjeron éstos en el inicuo Rey la desatinada curiosidad de saber la confesión de su esposa, los pecados que confesaba al sacerdote, los consejos que éste le daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenía su amor empleado en otro objeto. Tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía, cuando se aconseja de la crueldad, de la torpeza y de la lisonja. El intentar satisfacer sus curiosos deseos por confesión de la Reina, lo reputó por un imposible; y así resolvió aquietarlos procurando emplear los medios más suaves, y, si fuese menester, los más violentos para inducir á ello á su confesor, en quien sabía depositaba la Reina todos sus secretos y confianzas. Mandó llamarle, y cuando le tuvo en su presencia, hizo de tal modo que, después de varios rodeos de discursos y palabras, cayese la conversación sobre las cualidades y condición de las mujeres casadas, significando que sus intenciones más ocultas y sus obras, por santas y secretas que fuesen, debían saberlas sus maridos, principalmente siendo éstos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades y cuanto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la Reina le confesaba, asegurándole que guardaría secreto y quedaría tranquilo su corazón. Escandalizóse y llenóse de horror el sagrado ministro al oír semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al Rey su impiedad y sacrílega pretensión, aconsejándole se arrepintiera de tan execrable delito, y dejase de solicitar lo que de ninguna manera podría jamás conseguir. El corazón del Rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho más la reprehensión agria con que el varón apostólico había afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecución de

los dificultosos objetos, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que había parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira; disimuló por entonces y dilató, para tiempo más oportuno, el reiterar las diligencias para obtener su loca empresa.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el Rey había determinado dar de tregua á sus sacrílegas intenciones. Presentó un día el cocinero de Wenceslao á su mesa un ave, que á los ojos de la delicadeza y de la gula parecía estar mal asada. Apoderóse del Rey tal indignación y rabia, que mandó que cogiesen al cocinero y, atadas las manos y los pies, le asasen vivo, para que con pena tan horrorosa pagase un delito que tenía mucho de imaginario. Estremeciéronse al oír esto todos los áulicos; sus semblantes pálidos denotaban el terror de sus corazones; mirábanse unos á otros, significando en sus miradas la iniquidad y barbarie que concebían en la sentencia; pero, acobardados, ninguno osaba rechazarla, ni interceder con el Rey enfurecido, temerosos de que decretase contra ellos igual suplicio. Estaba á la sazón en palacio San Juan Nepomuceno, y, avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al Rey con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vio que persistía duro en su bárbara sentencia, le afeó con razones ásperas y terribles la ferocidad de su decreto. Pocas palabras había pronunciado, cuando el inicuo príncipe, irritado hasta lo sumo y centelleándole los ojos, llamó á grandes voces á la guardia, y sin tener respeto al sacerdocio, ni mirar al decoro de la real dignidad, mandó que le llevasen á un oscuro y fétido calabozo. Permaneció en él algunos días, tan molestado de la hediondez y del hambre, que se puso en términos de expirar. Bien conocía

el Santo que todas aquellas penas las dirigía el astuto príncipe á quebrantar su constancia, para poder llegar á descubrir los secretos que deseaba; pero cuanto más crecía la astucia y crueldad del príncipe, otro tanto más se fortalecía el corazón de este digno ministro de la penitencia, resuelto firmemente á perder antes muchas vidas que tuviera, que hacer el menor agravio al sagrado secreto de la confesión.

En semejantes propósitos se entretenía el encarcelado sacerdote, cuando, pasados algunos días, he aquí que entra en la cárcel un gentilhomme enviado por el Rey, el cual le dijo de su parte que S. M. estaba arrepentido de lo que había ejecutado con él; que le perdonase aquella injuria, y, olvidando todo cuanto había pasado, saliese de la cárcel y fuese libre á gozar de su sosiego. Advirtióle, sí, que para afirmarse mejor en la gracia del Rey, cuidase al día siguiente de hacerle corte, asistiendo con los demás personajes á la comida. Asintió el Santo, y, según lo pactado, fue á palacio al día siguiente mientras el Rey estaba comiendo, del cual fue recibido con demostraciones muy honoríficas. Habiendo levantado las mesas, y quedado á solas con el rey, manda éste que Nepomuceno venga á su presencia, lo cual se ejecuta. Inmediatamente comienza á explicarse más ciego y obstinado que nunca en su sacrílego empeño. Manifiesta su desasosiego é inquietud por saber lo que deseaba; ruega al Santo que le descubra una por una todas cuantas cosas le había manifestado en el sagrado tribunal la Reina. Su pretensión iba acompañada de cuantos artificios puede sugerir una pasión loca, ayudada de todas las astucias del ministro infernal. Unas veces le halaga y lisonjea, otras manifiesta dureza y seguridad; ya promete guardar un inviolable silencio, y ya desmiente su promesa con las perversas intenciones que se dejaban entrever en los artificios de su curiosidad. A veces le excita con los premios, honores y dignidades

mundanas, y otras prorrumpe en amenazas, dándole á entender que ejecutaría en su persona los más atroces y sangrientos castigos. Concluyó el escandaloso discurso exhortándole á que todos los dictámenes de la prudencia aconsejaban que se determinase á recibir antes las gracias de un príncipe, disfrutando su amistad y sus mercedes, que oponérsele neciamente sacrificándose á sus justos enojos. No está más firme la antigua y dura roca combatida por todas partes de las olas embravecidas del mar furioso, que entre las tentaciones, asechanzas y combates del impío Wenceslao estuvo San Juan Nepomuceno. En lugar de intimidarse del semblante cruel del príncipe, ni de su discurso amenazador, lo despreció todo con ánimo excelso, certificándole que ni los honores ni las dignidades torcían su integridad, ni las amenazas acobardaban su valor. Explicóle el oficio de confesor; lo sagrado y augusto del sigilo sacramental; las penas interminables que estaban decretadas en la otra vida al sacrílego trasgresor de leyes tan santas; y, últimamente, le exhortó á que desistiese de su desatinado empeño, bien cierto de que de ninguna manera llegaría á saber secretos que estaban reservados á solo Dios; que en lo demás le amaba como á su rey, y veneraba sus decretos como de un sustituto en la Tierra del divino Legislador. Esta firme respuesta irritó de tal modo el corazón del furioso príncipe, que inmediatamente mandó llamar á sus satélites y al verdugo, á quien siempre tenía á su lado como ministro de sus venganzas, y llamaba con delicia *su padrino*. Dióles orden de que llevasen al Santo á una horrorosa cárcel, y poniéndole sobre un potro descoyuntasen sus sagrados miembros, quemando al mismo tiempo con hachas encendidas sus costados. El mártir de Jesucristo sufrió aquel tormento horroroso con invencible constancia; su alma embebida en Dios, y apartada de los dolores que padecía su carne, estaba fija en Jesucristo y en su Santísima Madre, pronunciando sin cesar sus dulces

nombres, y encomendándoles su penosa vida y su desgraciada muerte.

Nada hay más cobarde en el mundo que la crueldad y la tiranía. Al paso que la ferocidad de Wenceslao tenía sus delicias en ver derramar sangre y oír los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temía á cada paso el justo castigo de sus excesos que le dictaba su conciencia. Receloso del escándalo que había de causar en toda la corte lo que había ejecutado con un varón tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente y le dejasen ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidado enteramente de las injurias, dolores y tormentos que había padecido, las ocultó en el secreto de su corazón, sin hacer participante del bárbaro acontecimiento á ninguno, ni aun de sus amigos y familiares. Conocía muy bien la índole severa y contumaz del obcecado príncipe, y que no desistiría de su intento hasta quitarle la vida. En esta inteligencia redobló los ejercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que, avisado del Cielo, sabía estar ya muy cercana. Verificóse su espíritu profético en esta materia, porque, predicando en la iglesia de San Víctor, afirmó á todos sus oyentes que dentro de poco moriría, diciéndoles al mismo tiempo la multitud de males, guerras, sediciones y herejías que habían de devastar aquel infeliz reino. Repetía muchas veces aquellas palabras de Jesucristo á sus discípulos: *Dentro de poco no me volveréis á ver más; ya serán muy contadas las palabras que oigáis de mi boca;* y según que el Santo decía esto, con un rostro alegre, hermoso y sereno como el de un ángel, todo el pueblo se deshacía en amargas lágrimas, condolido de su desgracia y sintiendo íntimamente perder un padre tan amoroso y un predicador tan perfecto. Díjoles cómo dentro de poco tiempo saldría del abismo una funesta herejía, que mezclaría sacrílegamente lo sagrado y lo profano con

una confusión escandalosa; que serían consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerían con tormentos especiales. Últimamente, que estaba cercano el fin y término desventurado de la religión católica en todo aquel reino. Concluyó el sermón despidiéndose de todos, pidiendo perdón á prelados y canónigos de la Iglesia de Praga con las expresiones más humildes, acusando su inocente vida y ponderando sus más leves faltas. Hay en Breslao una devota imagen de María Santísima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron, con grande encargo de San Cirilo y San Metodio, como una prenda segura de sus felicidades y un lugar de refugio adonde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fue San Juan Nepomuceno, pocos días después de haber predicado aquel famoso sermón, para ocuparse en oración fervorosa y en piadosos ejercicios con que prepararse á la pelea sangrienta y cercana muerte que presentía su corazón.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxilios del Espíritu Santo, volvía de Breslao á Praga, á tiempo que el ocioso Rey, después de haber satisfecho su destemplanza y su gula, miraba desde una ventana lo que pasaba en la calle. Acertó por casualidad á pasar por allí el Santo, y su vista reprodujo en el ánimo del Rey todos los furiosos efectos que anteriormente había manifestado. Una nube de celos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos: la memoria de las repulsas que había padecido su sacrílega pretensión, y la constante firmeza con que el siervo de Jesucristo le había resistido, exacerbaron su corazón y llenaron de furia su pecho, de tal manera que, más que hombre, parecía un león enfurecido. Envía al punto ministros que le traigan ante sí á San Juan; y no sufriendo la cólera descomunal detenerse en muchas palabras, le dijo estas abominables y lacónicas razones: *Ten*

entendido ioh sacerdote! que vas á morir si inmediatamente no me revelas la confesión de mi mujer, exponiendo todas cuantas cosas, aun las más mínimas, que ha fiado á tu secreto. Esto es hecho; pereziste: juro á Dios que beberás agua. Con esta última expresión significó la perversa intención que tenía de hacerle precipitar en el río desde lo alto del puente. Oyó San Juan Nepomuceno la sacrílega pretensión del airado y contumaz monarca, y, juzgando indigno de la severidad de un cristiano y de la alteza del sacerdocio responder tantas veces á un asunto tan impío, despreció la propuesta del Rey, sin dignarse siquiera dar la respuesta de palabra; pero, con el semblante severo y volviendo á otro lado la cabeza, manifestó lo execrable del delito y la abominación con que le miraba. El Rey, furioso, llama á grandes voces sus satélites y verdugos, los cuales, cogiendo al Santo con gran furia, le llevaron á otra estancia, esperando las órdenes del Rey para ponerlas en ejecución. Este, temeroso de que se sublevase el pueblo si se ejecutaba públicamente la pena de muerte en el Santo, les dio orden de que le llevasen con secreto, en el silencio de la noche, al puente que tiene el río Moldava, que divide á Praga antigua de la nueva Praga, y, atado de pies y manos, le precipitasen en el río. Los verdugos obedecieron ciegamente el decreto inicuo; y, habiendo llevado al Santo al sobredicho puente, ejecutaron la sentencia, por medio de la cual consumó San Juan Nepomuceno la gloriosa carrera de su portentosa vida, y consiguió, en defensa del sigilo sacramental, un ilustre martirio. Sucedió éste en la vigilia de la Ascensión del Señor, año de 1383.

Había deseado el cruel monarca cubrir con el silencio los excesos de su ferocidad; pero el Cielo, que había ilustrado con el milagro de unas luces resplandecientes el nacimiento de su siervo, quiso glorificar con las mismas luces milagrosas su preciosa

muerte. Creció repentinamente el río Moldava, y entre sus olas bulliciosas llevaba como en pompa el sagrado cadáver, acompañándole continuamente aquellas resplandecientes luces, que parecían hacerle los funerales. Por toda aquella noche permanecieron las llamas alrededor del sagrado cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiración y la duda, hasta que, al amanecer del día siguiente, vieron todos con dolor el origen de las lumbres maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exánime que por el vestido, por la majestad y gracia del semblante, y por la decentísima compostura en que estaba colocado, conocieron ser el de San Juan Nepomuceno. Divulgóse al instante por toda la ciudad el rumor de un hecho tan bárbaro, cuyo autor se dejó conocer bien presto, habiendo anticipadamente dado el César señales repetidas de su crueldad y venganza. Además de esto, los lisonjeros que aplaudían sus delitos, y los satélites y verdugos que los ejecutaron, eran incapaces de guardar silencio por lo que tiene de virtud. Llegaron, finalmente, á entender los canónigos de la santa iglesia metropolitana el hecho atroz, y, ordenando una devota procesión, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y le trasladaron á la iglesia de la Santa Cruz. Aunque el Rey, al primer golpe con que le hirió su misma conciencia, dio señales de sensible, noticioso de lo que pasaba con el sagrado cadáver, y agitado de las sospechas violentas que produce la tiranía, envió emisarios á los religiosos de Santa Cruz, que les intimasen se abstuviesen de levantar tumultos; que echasen de la iglesia á todo aquel concurso y, quitando de la vista el cuerpo de Nepomuceno, le retirasen á un rincón, el más apartado. Hízose lo que mandaba el tirano monarca, pero disponiendo el Cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro Santo. Fue el caso, que el cuerpo de éste, encerrado y escondido, comenzó á exhalar tan suave fragancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dejar de

aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que concurrían á venerarle. Para colocarle en lugar más decente y proporcionado á los continuos votos que ofrecían los fieles en reconocimiento y gratitud por los favores que recibían en las mayores necesidades, se había construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero y una inmensa multitud de pueblo se formaron en procesión; y, habiendo ido á la iglesia de la Santa Cruz, tomaron el cuerpo del Santo y le llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por Santo todo el concurso numeroso. Depositóse, finalmente, en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que, con la muerte de San Juan Nepomuceno, lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en ella una inscripción que decía así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia y confesor de la Reina, el cual, habiendo sido tentado en vano por Wenceslao, rey de Bohemia, hijo de Carlos IV, para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y, últimamente, fue precipitado desde el puente al río Moldava. Ilustróle Dios con milagros, y fue sepultado en este sitio en el año del Señor de 1383.*

En 1719 se reconoció el cadáver, y se halló fresca y flexible la lengua, después de más de tres siglos de estar enterrado. Separóse tan preciosa reliquia, que se guarda en rica caja de oro. El papa Benedicto XIII le canonizó con toda solemnidad, extendiendo su culto por todo el orbe cristiano.

La Misa es en honor de San Juan Nepomuceno, mártir, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, que por el invicto silencio sacramental del bienaventurado San Juan Nepomuceno adornaste tu Iglesia con una nueva corona de martirio! Concédenos, por su intercesión y ejemplo, que acertemos á tener cautela con la lengua y á sufrir antes en este mundo todos los males que admitir el menor darlo en nuestras almas. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 5 de la Sabiduría, y la misma que el día 1.

REFLEXIONES

En estos tiempos ha manifestado Dios que, por más que las puertas del abismo se conjurasen contra su Iglesia, siempre permanecería ésta como roca incontrastable, superior á todos los combates del error y de la herejía. Ha cuidado de producir en todos tiempos varones admirables en santidad y letras que la defendiesen con su doctrina y no dudasen verter su sangre en defensa de sus misterios. Entre éstos, el de más consuelo para los que, cediendo á las sugerencias de la flaqueza de la carne, llegaron una vez á perder la gracia que recibieron en la regeneración espiritual, es el santo sacramento de la Penitencia, llamado justamente una tabla de asilo para los que padecieren el naufragio de la culpa. En este sacramento se enjugan sus lágrimas, se purifican sus conciencias, se aviva su fe y revive nuevamente la esperanza de las eternas dichas, que estaba amortiguada.

Pero la miseria del hombre llega á tal extremo, que, despreciando los ajustados dictámenes de la razón que condenan el delito, aprecia y estima los de las pasiones y del común enemigo, cuando son dirigidos á vivir en él encenagado. Esto se ve con frecuencia en las dificultades que tienen muchas personas en confesar sus culpas,

presentándoseles unas veces con horror la necesidad de haber de revelar sus más secretos excesos, y otras adoptando temores vanos de que sus culpas puedan en algún tiempo salir de las tinieblas del silencio en que fueron cometidas. Contra uno y otro celebra hoy la Iglesia la constancia de un santo mártir, que, tentado con extraordinarios tormentos y con las promesas más especiosas para que quebrantase el sacramental sigilo, se mantuvo constante delante del tirano, y dio gustosamente su vida en defensa de tan augusto secreto. Desecha, pues, de tu pecho los vanos temores que le oprimen, ahuyenta la perniciosa vergüenza que confunde tu semblante, y, detestando con todas las veras de tu alma las culpas que la hacen esclava del demonio, confíesalas perfectamente al ministro del santuario con lágrimas de compunción. A esto te convida la Iglesia, á esto te anima la palabra de Jesucristo, y á esto, finalmente, te excita el glorioso martirio que en defensa del sigilo sacramental padeció San Juan Nepomuceno.

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oído, predicadlo desde los tejados. No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á Aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temáis, pues; mucho más valéis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los Cielos.'

MEDITACIÓN

Sobre los daños de la vana curiosidad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la vana curiosidad es la fuente y origen de la mayor parte de los males que suceden en este mundo. Cuando esta verdad no tuviese á su favor otra prueba que la que suministra el pecado del primer hombre, sería suficiente para manifestar que de ella nacen todas las calamidades y todas las culpas en que está el mundo sumergido. Vio la primera mujer la fruta prohibida, que se presentaba á los ojos deliciosa; la astuta serpiente la provoca á gustarla con la especiosa promesa de que no tendría cumplimiento la amenaza de Dios, sino que antes bien, en comiéndola, experimentaría por su virtud una ciencia peregrina que la hiciese conocer el bien y el mal, elevando su naturaleza al grado sublime de la Divinidad. Punzado el femenino corazón de la curiosidad de experimentar tan grandes ventajas, come la fruta, hace que la guste su marido, traspasa el precepto del Criador y en un momento se vieron cubiertos de ignorancia, avergonzados con una miserable desnudez, privados del Paraíso y sus delicias, condenados á mantener su vida con el sudor de su rostro y á sufrir, después de innumerables trabajos y congojas, la necesidad indispensable de la horrible muerte. De este hecho nacieron todas las calamidades que oprimen al género humano, las cuales, si se hubiesen de contar una por una, excederían en número á las estrellas; pero basta para conocerlas la propia experiencia en cualquiera que reflexiona. Estos males crecen todavía más considerando que á la curiosidad, que es su origen, se la tiene regularmente en el concepto de un leve delito, cuando nuestra ceguera no quiera apropiarla el carácter de virtud. Suele juzgarse que es un medio la curiosidad para disipar las densas tinieblas de ignorancia con que nacemos ofuscados por la primera culpa. Sería así, si

esta misma culpa no nos hubiese privado del tino para encontrar aquel dichoso medio en que consiste la virtud. Por tanto, la curiosidad causa en nosotros daños muy perniciosos y muy multiplicados.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la curiosidad es un vicio tan ciego y cruel, que ni respeta las cosas sagradas, ni se atemoriza de los más horribles delitos, ni teme los castigos asombrosos con que ha manifestado Dios el odio que la tiene.

El vano deseo de saciar la curiosidad humana ha precipitado innumerables hombres que, por otra parte, parecían sabios, en el desprecio de la revelación y de la autoridad divina, pretendiendo con temeridad contradecir las verdades enseñadas por el Espíritu Santo á la Iglesia, y despreciando aquel prudente consejo que nos avisa que no intentemos averiguar lo que excede nuestros alcances, porque, el que se atreve á escudriñar la majestad, será oprimido del resplandor de su gloria. De tan funesto origen procedieron tantos heresiarcas como en todos tiempos han turbado la Iglesia con sus perniciosos errores; tantos impíos y atrevidos filósofos que, pretendiendo medir por las fuerzas naturales los consejos y grandes obras de la Divinidad, han llegado hasta el extremo de decir en su corazón: *Dios no existe*; y de aquí, finalmente, tomaron su principio aquellos sacrílegos cristianos que, desmintiendo tan sacrosanto nombre, se introdujeron en el secreto del santuario, profanando sus misterios, é intentando sujetar la autoridad divina á las humanas disposiciones. Solamente el martirio de San Juan Nepomuceno, que celebra la Iglesia en este día, es un ejemplo de tan notoria excepción, que por sí sólo basta para la calificación de todas estas verdades. ¿Qué otra cosa precipitó al desgraciado príncipe Wenceslao en tanto abismo de delitos execrables, sino la curiosidad? ¿No llenó ésta su

corazón de inquietas sospechas y rabiosos celos, con que comenzó á dudar de la inocencia y honestidad de su augusta esposa? ¿Creerías tú ioh cristiano! que un vicio, al parecer de tan poco momento en las costumbres morales, pudiera despeñar á los hombres en tan execrables excesos? Así se verifica que una pequeña centella es capaz de producir un fuego devorador que abrase al mundo. Una vista algo curiosa precipita á Santo Rey y Profeta David en homicidios y adulterios; la vana curiosidad hace de Wenceslao un perseguidor de la religión y un tirano, y la misma curiosidad ha trastornado muchas veces las ciudades y los imperios. Pero Dios ha manifestado suficientemente el aborrecimiento con que mira este vicio, para que su consideración te mueva á ti á detestarle.

JACULATORIAS

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habéis de mantener la dureza de vuestro corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y camináis en pos de la mentira?—*Ps. 4.*

Considerad que los hombres que no están adornados con la verdadera ciencia de Dios, son mirados de este Señor como vanos y de ningún precio.—*Ps. 13.*

PROPÓSITOS

1. En vista de las funestas consecuencias que nacen de la curiosidad, ¿qué propósitos serán los que debe hacer tu alma? ¿Pensarás todavía ocupar tu imaginación en aquellas peligrosas averiguaciones de la conducta de tu prójimo que ofenden á la caridad? ¿Intentarás saber lo que te pone en peligro de cometer delitos que nunca hubieras adoptado? ¿No bastarán, para retraerte de semejante vicio, los funestos ejemplos que has visto en estas consideraciones, singularmente el de San Juan

Nepomuceno? Pero cuando no sea suficiente para desterrar de tu pecho la perniciosa curiosidad, llénente de terror los espantosos castigos que ha ejecutado el Todopoderoso en los infelices que se dejaron precipitar de este feo vicio.

2. La mujer de Lot es convertida en estatua de sal en pena de una curiosa mirada. El mirar los bethamitas de la misma manera el Arca del Testamento que tenían en su poder, hizo perder la vida repentinamente á cincuenta mil de aquellos infelices. Y cuando no hubiera más ejemplar castigo que el que hizo Dios en el inicuo Wenceslao en pena de los delitos á que le indujo su necia curiosidad, él sólo bastaría para poner terror al más considerado.

iGran Dios, adoro vuestros consejos, temo vuestras justas amenazas y propongo firmemente apartar de mi corazón un vicio contra el cual así habéis manifestado vuestras iras! Dadme, Señor, gracia para que éstos mis deseos no sean vanos, sino que se confirmen con mis santas obras.